



PAZ Y BIEN
PARROQUIA INMACULADA CONCEPCIÓN



Misa de Navidad
25- XII- 2013

Textos:

Is.: 57, 7-10.

Tit.: 2, 11-14.

Lc.: 2, 1-14.

“¡Gloria Dios en las alturas a y en la tierra paz a los hombres amados por Él!”.

El Nacimiento de Jesús que hoy celebramos, nos recuerda que Él ha venido al mundo por nosotros. Es Él que nos ha traído la salvación: no por nada su nombre significa Salvador. Los salvados somos nosotros que creemos en su infinito amor.

La Navidad constituye la base que hace posible todas las grandes fiestas de la Iglesia: la Pascua, la Ascensión y Pentecostés; todas son posibles porque Cristo ha nacido en la carne.

Al pie del altar, como todos los años, hemos construido el Pesebre: esta tradición se la debemos a la iniciativa y creatividad de San Francisco que en el siglo XIII, realizó junto a pobríssimos pastores un pesebre en un pueblo llamado Greccio. Pero ya desde los primeros siglos los cristianos expresaron iconográficamente al misterio de la Encarnación, la representación más antigua es un relieve en mármol donde aparece Jesús niño rodeado por un buey que representa el pueblo de Israel que está bajo el yugo de la Ley, y por un asno que representa a los pueblos paganos. Así queda manifestada la misión del Señor, la de destruir los muros que dividen a los hombres y los pueblos y edifica el puente que los une. De esta manera el Pesebre expresa el **Espacio** y abre el **Tiempo** del encuentro y alimenta la cultura del encuentro. Esta universalidad es también proclamada en la segunda lectura, que extiende la misionalidad del Niño más allá de Israel, a toda la humanidad.

El Pesebre nos recuerda que *“La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros”* (Jn. 1, 14). Jesús no hizo rancho aparte se hizo uno de nosotros, se hizo nuestro amigo.

Hermanos, **la Encarnación** del Hijo de Dios es un verdadero punto de partida para la recuperación de lo **“común”**, también un punto de partida para la lectura de nuestra dolorosa realidad nacional.

Este Dios que asume nuestra humanidad, que se hace solidario con el hombre herido nos ayuda también para crecer en la conciencia de que no podemos fundar nuestra sociedad sino en la práctica del diálogo y el amor. Diálogo y amor se suponen en el reconocimiento del otro como otro; cuando el otro se constituye en mi tú. En esto se fundamenta el vínculo social que hoy, entre nosotros, se ha tornado muy frágil.

Lo importante, contemplando el Pesebre, es saber dónde apoyar la esperanza, desde dónde reconstruir los vínculos sociales que se han visto tan heridos en estos

tiempos marcados por la confrontación y violencia que destruyen la fraternidad y nos llevan a desentendernos del otro. Debemos entender que nadie es secundario entre nosotros y mucho menos en la Iglesia porque todos somos piedras vivas del edificio de Dios, unidos profundamente en Cristo que es la piedra viva de sustentación, y también de sustentación entre nosotros.

El misterio del Emmanuel en el Pesebre nos lleva a preguntarnos si todavía, entre nosotros, hay sitio para la bondad sincera y desinteresada,

Utilizando un concepto contemporáneo, podemos decir que con la Encarnación del Hijo de Dios, que se hizo solidario a todos los seres humanos, se instaló **la globalización de la solidaridad**, de la fraternidad que se opone a la también instalada *“globalización de la indiferencia que poco a poco nos «habitúa» al sufrimiento del otro, cerrándonos a nosotros mismos”* (Francisco, *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz*).

La tecnología permite la globalización en las comunicaciones, como afirma Benedicto XVI, nos acerca a los demás pero no nos hace hermanos (Cfr. *Caritas in veritatis*, 19).

Hermanos, el Niño Dios, desde el Pesebre de Belén, nos deja un mensaje: *“La solidaridad cristiana – dice el Papa Francisco – entraña que el prójimo sea amado no sólo como «un ser humano con sus derechos y su igualdad fundamental con todos», sino como «la imagen viva de Dios Padre, rescatada por la sangre de Jesucristo y puesto bajo la acción permanente del Espíritu Santo», como un hermano”* (Francisco, *Mensaje*). Desde este mensaje de la Navidad; debemos trabajar para superar la *“pobreza relacional”* (Id) que se ha instalado entre los argentinos, pobreza que destruye el tejido social, que afecta gravemente los lazos fraternos que nos deben unir; esa pobreza genera una verdadera **“hipoteca social”**, la peor de todas.

El texto evangélico nos dice que en Belén *“no había lugar para ellos”*. A la luz del Pesebre debemos preguntarnos: *“¿Tenemos un puesto para Dios cuando él trate de entrar en nosotros? ¿Tenemos tiempo y espacio para él?”* (Benedicto XVI, Navidad 2012).

Pidamos al buen Dios poder, en esta Navidad, hacer un lugar en nuestro corazón para el Emmanuel; sólo si él entra en nuestro corazón, tendremos un corazón fraterno para poder construir una Patria de hermanos.

Que a todos Jesús les conceda una Feliz y Santa Navidad.

Amén

G. in D.